

Miércoles de Ceniza

Llegaba tarde.

Esto en sí constituía ya una novedad. Era una tarde oscura y lluviosa de febrero de 1969, pocas semanas después de dejar la vida de religión, en la cual nos ateníamos a la puntualidad más estricta. Al primer toque de la campana del convento llamando a refectorio, o a oración en la capilla, debíamos dejar a un lado las labores sin ninguna demora, o interrumpir cualquier conversación a media palabra y dejando la frase sin terminar. La Regla que gobernaba nuestras vidas hasta el más pequeño detalle, nos enseñaba a considerar la campana como la voz de Dios. Por ella, cada una de nosotras era llamada a un nuevo encuentro, por muy trivial o humilde que fuese la tarea. Y cada instante del día, por tanto, era un sacramento por haberlo dispuesto la Orden religiosa, a su vez sancionada por la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo en la tierra. De ahí que después de tantos años yo hubiese adquirido como una segunda naturaleza la costumbre de prestar atención cuando doblaba la campana, puesto que en realidad doblaba para mí. Me repetía a mí misma que con el tiempo llegaría a desarrollar una actitud interior de espera permanente de Dios, perpetuamente consciente de su amorosa presencia. Pero eso no me sucedió nunca.

Cuando recibí del Vaticano los papeles con la dispensa de los votos de pobreza, obediencia y castidad, me hallaba a mitad del curso. Por tanto, me bastaba con mudarme a la residencia estudiantil y seguir con los estudios como si no hubiese ocurrido nada. Al día siguiente estaba trabajando en mi redacción semanal como cualquier otra estudiante de Oxford. Mi materia era la literatura inglesa, y aunque llevaba ya casi dieciocho meses en la universidad, fue la primera vez que sentí como un lujo increíble el poder enfascarme de lleno en un libro, con toda el alma y todo el corazón. En el convento, algunas de las monjas consideraban la poesía y las nove-

las con desconfianza, y la literatura como un pasatiempo vano cualquiera. En cambio, ahora podía leer lo que se me antojase. Durante los primeros y confusos meses de mi retorno a la vida secular, el estudio fue un deleite y un verdadero consuelo a cambio de lo que acababa de perder.

Esa tarde a las siete y veinte, cuando se oyó la campana de la residencia llamando a cenar, no dejé a un lado la pluma, ni cerré los libros, ni comencé a andar obedientemente hacia el comedor. Tenía que presentar la redacción al día siguiente, cuando se reuniera el grupo de estudios, y en aquellos momentos estaba puliendo un párrafo esencial. No veía la necesidad de romper la ilación de mis consideraciones. Esa campana no era la voz de Dios, sino simplemente un recurso práctico. No me llamaba a reunirme con el Señor. En realidad hacía tiempo que Dios no me llamaba para nada, si es que lo hizo alguna vez. A semejante hora del año anterior, tenía un significado sagrado cualquier tarea, hasta la más vulgar e insignificante. Ahora todo eso quedaba atrás y los afanes cotidianos carecían de trascendencia. Casi nada parecía importar demasiado.

Mientras cruzaba a la carrera el jardín de la residencia rumbo al comedor, recordé no sin algo de irónica satisfacción que mi pequeño gesto de desafío se había producido en Miércoles de Ceniza, el primer día de Cuaresma. Aquella mañana, las monjas se habrían arrodillado delante del altar para recibir su pulgarada de ceniza y escuchar el murmullo del sacerdote: «Recuerda, humano, que polvo eres y en polvo te convertirás.» Con este *memento mori* principiaba un período de observancia todavía más rigurosa que la habitual. En el refectorio del convento, a aquella misma hora, las monjas formarían en fila para someterse a penitencias públicas especiales en reparación por sus faltas. Sería casi tangible el afán y la determinación de alcanzar un nivel de perfección más elevado que nunca, ¡y ése era el día que yo había elegido para presentarme tarde a la hora de la cena!

Al empujar la pesada puerta de vidrio me vi frente a una escena muy diferente de la que estaba imaginando. Por sí solo el ruido era ya una agresión, y me sentí abofeteada por el babélico estruendo de las voces indisciplinadas de cuatrocientos estudiantes. Con el designio de favorecer la oración constante y el recogimiento, nuestra Regla instituía para toda la jornada la prohibición de hablar. Sólo estaba permitido durante una hora después del almuerzo y de la cena, cuando la comunidad se reunía para coser y para el recreo general. Se nos enseñaba a caminar sin que se oyeran los pasos, a abrir y cerrar puertas con el menor ruido posible, a contener la risa. Y si no

teníamos más remedio que hablar durante nuestras tareas corrientes, que fuese «con pocas palabras y en voz baja». Y la Cuaresma era un período especialmente silencioso. El ambiente de Cuaresma no reinaba en la residencia estudiantil esa noche, sin embargo. Los comensales se llamaban a voces de un lado a otro del comedor, gritaban saludos a los amigos y discutían acaloradamente, con aspavientos exagerados. En vez del monocolor panorama del refectorio con los hábitos blancos y negros, el tintineo temeroso y sofocado de los cubiertos, y la voz tranquila e inexpresiva de la lectora, allí había un pandemónium de color, ráfagas de carcajadas despreocupadas, alaridos de protesta. Era mi mundo ahora, me gustase o no.

No estoy muy segura de las razones de lo que pasó entonces. Tal vez me hallaba medio ausente, debatiéndome con las dificultades del trabajo aún no terminado, o desorientada por el contraste entre la imaginaria escena conventual y los deslenguados alborotadores de la realidad. El caso fue que, en vez de volverme hacia el principal con una leve inclinación de cabeza en muda petición de disculpa por mi retraso, para mi propio horror me encontré de rodillas y besando el suelo.

Con esta escena daba principio a *Beginning the World*, mi primer intento de narrar las incidencias de mi retorno a la vida secular. Me doy cuenta de que aparezco bajo un prisma ridículo e indigno, pero sigue pareciéndome un buen punto para empezar porque ilustra al desnudo, mejor que ningún otro, mi apurada situación. Mi aspecto, sin duda, sería el mismo que el de cualquier otra estudiante de la época, finales de los años sesenta, pero seguía comportándome como una monja. Me veía obligada a ejercer una vigilancia constante para evitar que mi mente, mi corazón y mi cuerpo me traicionaran. Un segundo de ausencia bastó para que me arrodillase, como por instinto, para adoptar la acostumbrada postura de contricción y humillación. Siempre besábamos el suelo cuando entrábamos en una estancia con retraso y alterando las actividades de la comunidad. Me pareció extraño al principio, pero al cabo de pocas semanas se había convertido ya en una segunda naturaleza. No necesité más que una mirada de reojo a las chicas que ocupaban las mesas contiguas a la puerta, que me contemplaban con incredulidad, para recordar que aquella conducta, normal en el convento, se juzgaría un tanto extravagante en este otro lugar. Mientras me ponía en pie, transida de vergüenza, comprendí que mis reacciones eran demasiado diferentes en comparación con las de la mayoría de mis coetáneas en ese mundo nuevo y extraño para mí. Quizá no dejarían de serlo nunca.

Tal vez tuve otro motivo para besar el suelo aquella tarde. Cuando recibí la dispensa, a muchos de mis compañeros y de los tutores les dio por deshacerse en parabienes.

–¡Qué alivio para ti, librarte de todo eso! –dijo uno.

–Seguro que no era lo más apropiado para ti.

–¡Qué emocionante!

–¡Ahora puedes volver a empezar! ¡Puedes hacer lo que desees, aspirar a cualquier cosa! ¡Toda una vida por delante! –exclamaban.

Era verdad, en cierto modo. Podía enamorarme, llevar prendas bonitas, viajar, ganar mucho dinero..., todo lo que, según suponía la gente, me había faltado durante los pasados siete años. Pero yo no sentía emoción, como tampoco alivio alguno. No deseaba nada de lo que decían aquellas personas. Ni contemplaba tampoco esas oportunidades ilimitadas. Estaba triste, sencillamente, y atormentada a todas horas por un gran remordimiento. Tuve una emoción casi insoportable al imaginar aquella escena de la Cuaresma en el convento, ahora vedado para mí. Lamentaba la pérdida de un ideal y la ausencia de dedicación en mi nueva vida, y además me carcomía la sospecha de que quizá pude haberme quedado, con sólo que hubiese perseverado un poco más. En mi fuero interno, me faltaba algo. No había sabido entregar mi persona a Dios. Y por eso me sentía como una penitente, y quizá cuando besé el suelo esa noche, obedecí al deseo inconsciente de presentarme a todo el resto del mundo tal como yo era en realidad, aunque sólo fuese por una vez.

En *Beginning the World* he descrito cómo busqué mi camino por entre las mesas, rehuyendo las miradas de curiosidad de los estudiantes, hasta que me rescató un grupo de compañeras que se habían hecho amigas mías y que durante las primeras semanas se dedicaron a vigilarme con discreción para evitar que me metiera en dificultades. Entre ellas estaban Rosemary, jovial y extravertida, que estudiaba idiomas modernos, y Fiona, una muchacha más cariñosa y reflexiva, con su inseparable compañera Pat, que había sido alumna de uno de los internados dirigidos por las monjas de mi orden. Y, por último, Jane, que también estudiaba lengua y literatura inglesas. Todas ellas eran católicas y habían tenido alguna experiencia con monjas. Jane frecuentó un instituto bastante exclusivo y recordaba con afecto a sus amables hermanas de media clausura, y Pat incluso me conoció de monja, cuando fui enviada como maestra auxiliar a su colegio en Harrogate. Los demás ocupantes de la mesa eran gentes para quienes el catolicismo y los conventos eran

tierra inexplorada, y desde luego no tenían el menor deseo de explorarla. He dicho en *Beginning the World* que todos ellos bromearon sin mala intención acerca de mi metedura de pata, me hicieron preguntas sobre la vida en el convento y manifestaron su extrañeza y su repugnancia ante hábitos como el de besar el suelo, confesar las faltas en público y sufrir extravagantes penitencias en el refectorio. Tal vez hubo alguna discusión sobre esos temas, y algo de curiosidad, pero sólo hasta cierto punto. En el fondo no creo que a nadie le importase demasiado.

Las chicas se comportaron maravillosamente conmigo. Fueron Rosemary, Fiona y Pat las que me acompañaron a los almacenes Marks & Spencer pocas horas después de recibir la dispensa, y me ayudaron a elegir mis primeras prendas seculares. Rosemary me llevó a que me cortaran y arreglasen el pelo, y luego las tres me acompañaron a cenar: mi primera salida de monja que colgó los hábitos. Hasta que se cansaron de indagar, creo, y no quisieron profundizar más en las razones de lo que, según ellas mismas veían, había sido una decisión traumática. Yo, desde luego, no tenía ningún deseo de debatirla con ellas. En el convento tuvieron buen cuidado de enseñarnos a no comentar nunca nuestros problemas entre nosotras, y jamás se me ocurriría franquearme con mis coetáneas. Además, aquellas chicas tenían sus propias preocupaciones. Ellas también tenían sus redacciones que escribir, y sus amoríos, y la necesidad de combinar las exigencias de los difíciles trabajos académicos con las de una absorbente vida de relación. Cada una estaba recorriendo su propio trayecto hacia la edad adulta, y ahora que el drama de mi éxodo ya había pasado, se desentendían de mí, dando por supuesto que desearía disfrutar felizmente mi nueva libertad.

Además me constaba que ellas no podían ni siquiera empezar a imaginar lo que había sido mi existencia conventual. A veces se me escapaba algún comentario por inadvertencia, y entonces la interlocutora manifestaba su asombro:

–¡Mis monjas no eran como ésas, para nada! –se obstinaba Jane–. A ti debió de tocarte un grupo excepcionalmente estricto.

Pat estaba todavía más extrañada porque ambas habíamos vivido en la misma comunidad. Sólo que ella, en tanto que seglar, no había visto las mismas cosas.

–¡Son tan modernas! A mí me parecieron totalmente adaptadas a la vida moderna, sofisticadas incluso –protestaba–. Se movían de un lado a otro en coche, frecuentaban los cines, y hasta cambiaron el diseño del hábito.

Ambas me contemplaban con reproche, porque les estropeaba unos recuerdos entrañables. A nadie le gusta que le digan que las cosas no son como cree. Pero también me constaba que mi orden no era de las más austeras, y estaba de acuerdo con Pat en que nuestras monjas eran más ilustradas que otras muchas. La mayoría de ellas observaba, sin embargo, aquellos rituales arcanos. Besaban el suelo, confesaban sus faltas externas, y tenían prohibidas las «amistades particulares» porque todo el amor debe darse a Dios, como les decían. Por eso fueron tan necesarias las reformas del Segundo Concilio Vaticano.

No ignoraba que, contempladas fuera de su contexto, prácticas tales como besar el suelo o rezar cinco padrenuestros con los brazos en cruz debían de parecer sensacionalistas, exageradas e histriónicas. En realidad llegaban a ser tan normales para nosotras como respirar. Formaban una parte rutinaria y tal vez algo tediosa de nuestras vidas. Mencionar estas cuestiones fuera del convento transmitiría una impresión errónea. Yo no dejé la clausura por evitar las penitencias públicas, sino porque no logré encontrar a Dios y no me había acercado lo más mínimo a esa entrega completa que, según aseguraban los grandes doctores de la mística, era esencial para quienes anhelaban ser admitidos a la presencia divina.

Por eso no hablaba con nadie de mi vida pasada y, por tanto, muchos supusieron que había dejado el pasado a mis espaldas.

—Mucho mejor sin el hábito —remachó la señorita Griffiths, mi tutora de literatura inglesa antigua, una tarde que nos habíamos sentado a tomar una copa de jerez en sus elegantes habitaciones de la residencia—. Sí, estás mucho mejor sin ese hábito, pequeña. ¿Y sabes una cosa? Pase lo que pase en adelante, estoy segura de que has tomado la decisión acertada. Y aunque dentro de quince años te me presentes diciendo «mira, cinco hijos y un divorcio», seguiré manteniendo que hiciste bien al marcharte.

Era bastante cierto, desde luego. No cabía otra opción. Pero mientras miraba a mi alrededor y observaba los cortinajes William Morris de rico cromatismo, las macizas estanterías llenas de libros y la alfombra oriental delante de la chimenea, me sentí por completo fuera de mi elemento. Todos los detalles de la decoración, desde las hermosas figurillas colocadas sobre la repisa hasta las lámparas hábilmente distribuidas, estaban concebidos para el bienestar y el confort. En el convento, por el contrario, todo se reducía a lo esencial: suelos fregados, ventanas sin cortinas, mesas y sillas puestas en for-

mación. Era todo un recordatorio perpetuo de que también interiormente debíamos desprendernos de cualquier residuo de afición a las cosas mundanas, a las gentes y los objetos materiales, si deseábamos ser dignas del Señor. Sin embargo, se estaba bien allí, me dije, mientras el jerez envolvía la estancia en su cálido resplandor dorado. A lo mejor yo también llegaría a ser decana algún día y pasaría a ocupar una habitación bonita como aquélla, repleta de libros. Quizá lograse dedicarme a una vida de estudio, como antes pensaba consagrarme a las disciplinas de la vida religiosa.

Cada vez más, las cómodas y silenciosas habitaciones de mi tutora me parecían un remanso. Al pasear por Oxford me daba cuenta de que el mundo había cambiado mucho durante mi encierro. Me hice postulanta en 1962, en el momento en que estaba por comenzar la gran revolución de las costumbres sexuales, sociales y políticas de la década. En los cincuenta, los años de mi infancia y adolescencia, los menores parecíamos copias en miniatura de nuestros padres. Los chicos usaban pantalón de franela, camisa blanca y corbata; las chicas, recatados trajes sastre y collar de perlas de una vuelta. Nos mantenían bajo una vigilancia bastante estricta. Yo sólo tenía diecisiete años cuando tomé la decisión de dejar aquel mundo. Lo que fue producto de la escuela de monjas combinado con un arraigado pánico a la sexualidad. Los peligros de las relaciones prematrimoniales estaban grabados a fuego en mi alma. Y lo cierto es que antes de inventarse la píldora anticonceptiva, la cosa tenía sus riesgos para las muchachas. Pero estaba a la vista que todo eso había cambiado. Chicos y chicas andaban tranquilamente abrazados de maneras que podían ser sexuales o no. Algunos se daban besos interminables en público. Para ellos, a lo que parecía, los viejos códigos habían dejado de regir, aunque yo no ignoraba que a mis amigas católicas las atormentaban ciertas dudas: ¿hasta dónde se podía llegar sin cometer pecado mortal? Pero el aspecto de aquellos jóvenes era todavía más asombroso. Lucían largos cabellos sueltos en vez de los moños apretados de mi juventud. Los jerséis estrechos y las corbatas habían desaparecido. La indumentaria era despreocupada, a veces andrajosa y siempre excéntrica: camisas floreadas o con volantes ellos, o trajes de etiqueta llevados a pleno día con garbosa despreocupación; las chicas, con faldas que apenas les tapaban los muslos, o con túnicas largas y holgadas de vaga inspiración oriental.

Y por encima de todo, muy seguros de sí mismos. Yo acababa de salir de una institución que exigía total obediencia y sumisión a las jóvenes. Quedaba entendido que nunca debíamos llamar la atención,

ni cuestionar o criticar las prácticas establecidas. Y si una persona mayor nos invitaba a dirigirle la palabra, debíamos hacerlo con un respeto y una cortesía rayanos en el servilismo. Delante de las superiores nos arrodillábamos para no olvidar que estábamos ante unas representantes de Dios. En cambio, aquellos jóvenes parecían abierta y desvergonzadamente insumisos. Sus protestas eran ruidosas, vociferantes. Incluso participaban en unos eventos llamados «manifestaciones» durante los cuales proclamaban en público sus agravios. Concepto en verdad muy extraño para mí. ¿Cómo se les ocurría manifestar nada? ¿Por qué estaban tan enojados?

Era la primavera de 1969 y ahora sé que en el plano internacional, las semanas transcurridas desde mi salida del convento fueron trascendentales. Richard Nixon tomó posesión como presidente de Estados Unidos. Yaser Arafat fue elegido presidente de la Organización de Liberación de Palestina. Hubo un golpe militar en Pakistán. En el aeropuerto de Zurich, unos terroristas palestinos asaltaron un avión de pasajeros israelí. Nixon autorizó vuelos secretos y bombardeos sobre Camboya. En la frontera de Manchuria se produjeron enfrentamientos entre soldados chinos y rusos. Nada de eso sabía yo entonces, ni quiénes eran Nixon ni Arafat, y me habría costado encontrar Camboya o Manchuria en un mapa. En el convento no estábamos al corriente de los acontecimientos de actualidad. O mejor dicho, a las novicias ni siquiera nos llegaba nunca un periódico. De la crisis de los misiles de Cuba sí nos hablaron, pero luego se les olvidó decirnos que se había resuelto el conflicto, de modo que permanecemos varias semanas aterrorizadas, en espera del estallido de la tercera guerra mundial. La madre Walter también nos expuso el preocupante asesinato de John F. Kennedy, el presidente católico. Más adelante se mitigó un poco la severidad del embargo informativo, pero un excesivo interés por los temas políticos no estaba bien visto, en general. La consecuencia fue que salí al mundo secular ignorando por completo los problemas del día. A falta de los datos más esenciales, imposible sacar nada en limpio leyendo los periódicos. Habría hecho falta un cursillo acelerado de política contemporánea, pero eso no se me ofrecía y, además, me daba tanta vergüenza mi ignorancia que no me atrevía a formular ninguna pregunta, ya que habría traicionado la insondable profundidad de aquélla.

Por supuesto, muchas compañeras de residencia se habrían encargado de mi educación encantadas, porque St. Anne's era probablemente el más politizado de los cinco colegios femeninos. Hay que recordar que estábamos en la época de mayor efervescencia

estudiantil. En enero, cuando me disponía a dejar el convento, el estudiante checo Jan Palach se inmoló prendiéndose fuego en público para protestar contra la ocupación soviética. En España los disturbios estudiantiles desembocaron en el establecimiento de la ley marcial. En abril, estudiantes izquierdistas de la neoyorquina Universidad de Cornell organizaron una «sentada» de tres días para llamar la atención sobre los anticuados planes de estudios, mientras en Harvard trescientos estudiantes ocupaban el edificio de la administración del campus y eran desalojados por la fuerza por la policía. Oxford también ardía de entusiasmo revolucionario. Pero los dirigentes me parecieron terroríficos, inabordables en su rabia justiciera. Antes me habría acercado a un toro bravo que atreverme a descubrirles mi ingenuidad política.

Casi todas las tardes de los sábados contemplaba con perplejidad las muchedumbres de estudiantes congregadas sobre el césped llevando pancartas que proclamaban consignas contra el gobierno, contra las autoridades universitarias, contra los programas de estudios y contra algo misterioso llamado «el Sistema». Parecían enfadados contra todo. Escuchaba estupefacta las noticias de turbulentas asambleas en la biblioteca de la facultad de lengua y literatura inglesas, donde los profesores habían sido increpados por los estudiantes. Exigían la rebaja inmediata de las formidables exigencias lingüísticas del curso, la inclusión de la literatura contemporánea en el plan de estudios (en aquel entonces sólo llegaba hasta el 1900), y que desapareciera el anglosajón medieval. A mí, apasionadamente enamorada de la literatura inglesa antigua, ese furor me resultaba incomprensible. Se me ponían los ojos como platos cuando oía a alguna de mis compañeras del St Anne's tronando contra la «tiranía» de los catedráticos. Después de la atmósfera draconiana del convento, el ambiente moderado, liberal y de *laissez-faire* de St. Anne's se me antojaba paradisiaco. ¡Cómo iban a saber aquellas muchachas lo que era una tiranía! Pero entonces recordaba el último año en el convento, cuando la rebelde era yo y no me cansaba de discutirle a la superiora todos y cada uno de los artículos de la Regla. Yo también había sido una rebelde, siempre en antagonismo contra «la clase dirigente» del convento y siempre dispuesta a pelear. Tal vez no era tan diferente de mis contemporáneas, al fin y al cabo; sólo que combatíamos en guerras diferentes.

Quisiera o no, me vi envuelta por el clima de protesta. Durante el curso anterior, cuando todavía era monja, y con no poca sorpresa por mi parte, se me propuso figurar en la candidatura para las inminen-

tes elecciones al comité estudiantil. Me hice de rogar temiendo un fracaso tan humillante como inevitable, pero mis partidarias insistieron, y habría parecido de mala educación obstinarse en la negativa. Durante un par de semanas procuré pasar con disimulo frente al tablero de anuncios y volver la cara para no ver mi foto, velo y crucifijo incluidos, junto a las de mis melenudas rivales. ¿Qué estudiante en su sano juicio votaría a mi favor? Yo parecía una criatura de otro planeta. Después de la votación, a la mañana siguiente casi no me atrevía a acercarme al tablero. Para mi asombro, la foto aún estaba allí, sólo que en un lugar más destacado, para comunicar al personal que yo era ahora la secretaria del JCR, el Junior Common Room, como se dice en las universidades inglesas.

Me agradase o no, por tanto, me veía lanzada a la política estudiantil. Tuve que asistir a asambleas de protesta en el JCR y participar en enconados debates del comité sobre cómo poner al día el St. Anne's, en línea con la década de 1960. La cuestión más urgente era la de la cohabitación en los colegios mayores. Hasta comienzos del siglo xx no se admitió a mujeres en Oxford y Cambridge, considerando que el esfuerzo de las estudiantes para colocarse al nivel de los chicos haría estallar sus diminutos y enclenques cerebros. Pero algunas mujeres se negaron a admitir esa exclusión, fundaron sus propias residencias y finalmente la universidad no tuvo más remedio que aceptarlas. Los cinco colegios femeninos de Oxford fueron como el caballo de Troya, y así el sexo débil penetró en los reductos académicos masculinos. Pero ahora eso estaba superado, decían. Que todos los colegios se abriesen a ambos sexos. Que pudieran ingresar los chicos en St. Anne's y las chicas en los prestigiosos colegios masculinos de Magdalene y Balliol. El caso era que la disposición actual no penalizaba a la mujer desde el punto de vista pedagógico. Todas las estudiantes asistían exactamente a las mismas clases y sufrían los mismos exámenes. Chicos y chicas competían en condiciones de igualdad. El colegio haría las gestiones para que estudiáramos con cualquier tutor de nuestra elección. Yo lo hice con los de St. John's y Merton, por ejemplo, y las St. Anne's Fellows –que gozaban de excepcional reputación, sobre todo en el departamento de lengua y literatura inglesas– tenían pupilos masculinos. De hecho, los colegios femeninos solían presentar mejores índices de éxito académico, porque había menos plazas disponibles para las chicas y, por tanto, los criterios de selectividad para el ingreso tendían a ser más exigentes. Durante mi estancia en Oxford, el St. Anne's ocupó habitualmente el primer puesto de la escala de Norrington, el baremo por

el que se mide el rendimiento de los estudiantes de cada colegio en los exámenes de fin de curso. Es decir, que hacia la década de 1960 las chicas habían demostrado sobrada capacidad para justificar su presencia en la universidad.

Por eso mismo, en opinión de muchos, los colegios mixtos parecían el paso lógico siguiente. Sin embargo, se veía que eso iba a costar algún tiempo. Las mujeres, por ejemplo, necesitarían sanitarios más dignos que las sencillas instalaciones de los colegios masculinos. En toda la universidad, sin embargo, lo que exigían los estudiantes como paso previo era la abolición del «toque de queda». Todos tenían que presentarse en la residencia antes de medianoche. Las visitas debían firmar la entrada en un registro que se les presentaba en Portería, y también la salida, antes de que se cerrasen las puertas. Por supuesto, era frecuente el quebrantamiento de las normas del «toque de queda». Se conocían muchos lugares por donde era fácil saltar las tapias de los colegios. Todo el mundo lo sabía y por lo general se hacía la vista gorda. Y cuando pillaban a alguien, él o ella salían librados con una leve reprimenda y el pago de una pequeña multa. Pero en aquellos días de revolución tan exaltados, esas reglas parecían absurdas a los más radicales, y entre las funciones de mi nuevo cargo figuraba la de asistir a las reuniones en que se negociaban entre estudiantes y profesores. Para mí en particular, el debate no pasaba de ser teórico. Ningún hombre clamaba por pernoctar en mi pequeña habitación de la residencia, y que yo saltase la tapia al regreso de una cita amorosa era una posibilidad tan remota como escalar la Gran Muralla china. Además, hacía apenas unas semanas que todavía era representante muy notoria de una institución que condenaba todas las actividades sexuales fuera del matrimonio al juzgarlas gravemente pecaminosas.

Esos tiempos habían pasado, sin embargo. Seguía considerándome católica, pero me daba cuenta de que las enseñanzas tradicionales sobre moral sexual estaban siendo muy controvertidas dentro de la propia Iglesia. Algunas monjas habían quedado consternadas el verano anterior, cuando el papa Pablo VI prohibió mediante su encíclica *Humanae Vitae* la práctica de la contracepción artificial. En uno de los conventos, se rumoreó, las más atrevidas originaron un pequeño alboroto cuando, a la mañana siguiente de la publicación del documento papal, dejaron una píldora en cada uno de los platos del desayuno de las hermanas. Era una aspirina, claro está. Y también quedaba claro que las monjas no tenían ningún interés personal en esa decisión del pontífice. Pero la encíclica pasó a simbolizar el

carácter autoritario de la jerarquía, al desoír las opiniones de las parejas casadas, de los médicos y de los psicólogos y optar por reafirmar la doctrina tradicional de la Iglesia. Pablo VI daba muestras de alejarse del nuevo espíritu del Concilio Vaticano. Una vez más se desdénaba a los laicos y se daba la espalda a las angustias de muchos matrimonios que, siendo católicos fieles, deseaban limitar sus responsabilidades familiares. La Iglesia católica estaba viviendo su propia revolución sexual, aunque la mayoría de los que emprendieron la campaña contra la *Humanae Vitae* tampoco habría aceptado el uso de la píldora anticonceptiva por las parejas no casadas. Muchas de mis compañeras esperaban de mí que adoptase sobre la cuestión del «toque de queda» una postura fuerte, consistente en defender los valores del catolicismo de toda la vida. Unas semanas antes, probablemente yo habría seguido esa línea sin titubear.

Pero en aquellos momentos, yo no era ya ninguna representante oficial de la Iglesia católica. Y mientras escuchaba los argumentos de uno y otro lado en el Common Room, descubrí no sin cierta sorpresa por mi parte que no tenía el menor deseo de apoyar a las estudiantes que aducían motivos religiosos para oponerse a la abolición del «toque de queda». En parte, mi indiferencia se debía a lo preocupada que estaba por mi propio drama personal. Me hallaba agotada y quemada por los acontecimientos de las últimas semanas, y no encontraba dentro de mí energías para esa otra batalla. Pero había algo más. Cuando reflexionaba sobre la cuestión, no encontraba sino un gran interrogante en el lugar donde debía hallarse la vieja convicción. Esto venía ocurriéndome últimamente con alguna frecuencia, como si, al colgar el hábito, me hubiese desprendido al mismo tiempo de buena parte de mi anterior naturaleza religiosa. Creencias y principios que siempre había dado por descontados porque formaban parte de mi propio ser, ahora me parecían extrañamente abstractos y lejanos. Dentro de mi incertidumbre, tenía la sensación de haberme quedado sin convicciones fuertes.

Llevaba casi dieciocho meses estudiando en Oxford, y antes de eso había dedicado dos años a preparar los duros exámenes de acceso a la universidad. El mundo académico tenía sus propias disciplinas, tan rigurosas, a su manera, como las del convento. Una de ellas estaba bien arraigada en mi corazón y en mi mente: la de no pronunciarme sobre asuntos que ignorase. Había adquirido una sana prevención ante las limitaciones de mi conocimiento y experiencia. Entre los resultados principales de mi formación hasta entonces destacaba, en efecto, una clara conciencia de las muchas

cosas que no sabía. ¿Qué podía decir yo acerca del sexo?, me preguntaba cuando oía los acalorados debates del comité estudiantil. ¿Qué sabía yo de los hombres, ni de las relaciones, ni del amor? ¿Qué noticias tenía del «maravilloso mundo feliz» de los años sesenta? Nada de nada y, por tanto, no me consideraba autorizada a emitir una opinión. Al recordar mis propias protestas de hacía escasos meses contra un sistema anticuado, me pareció que debía escuchar con atención a los que propugnaban el cambio. Mientras tanto, sería ociosa mi contribución.

Pero no se me permitió mantenerme al margen. El colegio acababa de nombrar una nueva decana de disciplina. El puesto lo había desempeñado durante años Dorothy Bednarowska, mi tutora de literatura, que mantuvo una postura liberal y tolerante. La recién nombrada era Emily Franklin, una mujerona de aspecto algo bovino que, según supe más tarde con asombro, apenas tenía un par de años más que yo. Sus pupilas me aseguraban que era buena profesora, aunque tal vez un poco aburrida. Sin embargo, y pese a su relativa juventud, la señorita Franklin no tenía paciencia para protestas estudiantiles y anunció que no sólo no habría ningún cambio en las reglas del «toque de queda», sino que éste se adelantaba una hora. Más aún, que se incrementaban las multas a los transgresores, y como detalle final y *pièce de résistance* apareció, sin previo aviso, una alambrada de púas en el lugar favorito de quienes saltaban la tapia. El colegio estaba soliviantado.

–Ni que decir tiene que todo es bastante absurdo –me dijo un día la señora Bednarowska llevándome aparte en el pasillo–. Esa mujer es una imprudente. Complacerá al Voto de las Vírgenes, pero no se saldrán con la suya.

–¿El Voto de las Vírgenes? ¿Qué es eso? –pregunté.

–¡Ah! El ala conservadora de la junta de gobierno –contestó la señora Bednarowska–. ¡Ya las conoces! No todas son vírgenes, naturalmente, pero como si lo fuesen. Pero la cuestión, querida, es: ¿qué va a hacer el comité después de esto?

–Enviaremos una delegación a la decana para rogarle que reconsidere su decisión –dije, algo aturdida al advertir que mi tutora daba por supuesto que yo me alineaba con el bando liberal.

La señora Bednarowska lanzó su carcajada característica, que más parecía un relincho.

–Eso no servirá de nada. Aunque es lo más correcto, naturalmente –remachó al tiempo que se alejaba hacia su habitación con su extraño andar patoso.

Lo que no había previsto era que, en mi calidad de secretaria, me tocaría acompañar a la presidenta del comité para exponer nuestra postura a la señorita Franklin. Maureen Mackintosh, una muchacha muy lista y de abundante melena pelirroja, era una de las estudiantes políticamente más radicales del colegio. A mí me daba bastante pavor. Temía que me tratase con desdén y que me arrastrara a una discusión sobre Vietnam y Camboya, a la que estaba segura de no saber cómo responder. Y, además, ¿qué pintaba una monja en una campaña encaminada a conseguir que los y las estudiantes pudiesen pasar noches pecaminosas juntos? Con gran alivio por mi parte, sin embargo, Maureen no pareció incomodarse por mi presencia mientras enfilábamos hacia el apartamento de la señorita Franklin. Nos sentamos juntas, codo con codo, en un sofá de la salita, tomando copitas de jerez, envueltas en un ambiente palpablemente gélido, mientras la campeona del Voto de las Vírgenes permanecía sentada de espaldas a la ventana con el gato *Smokey* ronroneando sobre sus rodillas.

–¡No más concesiones! –puntualizó después de escuchar nuestra petición formal de cancelación de las nuevas medidas y desmantelamiento de la alambrada.

Siguió a esto una discusión durante la cual repitió varias veces esta misma frase, como un mantra, casi escandiéndola en un falsete extrañamente inexpresivo: «¡No más con-ce-sio-nes!»

Eso me sacó de mis casillas.

–Deje de llamarlas concesiones, por favor –intervine–. Usted nos ha retirado unos derechos que nos pertenecían. Nosotras no pedimos unas concesiones, sino simplemente el restablecimiento del *status quo*.

Como si no hubiese dicho nada.

–No más concesiones –repitió la señorita Franklin.

–El comité no va a tolerar esto, señorita Franklin –replicó Maureen con gravedad–. Si no restablece usted el «toque de queda» anterior, tendremos que pasar a la acción. Y ese alambre de púas es muy peligroso. Lo colocaron sin previo aviso y ha podido lesionar a alguien.

–Ese alguien... o esa alguien se lo habrá buscado –la rebatió con voz suave la señorita Franklin–. Lo que deben hacer ustedes es comportarse, en vez de dedicarse a tener relaciones ilícitas a todas horas. Ni organizar esos alborotos infantiles a expensas de sus horas de estudio.

Maureen suspiró y yo sentí una nueva oleada de indignación. El comentario estaba totalmente fuera de lugar, porque ciertamente las

actividades políticas de Maureen no interferían para nada con su trabajo. Acababa de ganar una de las muy codiciadas y prestigiosas becas Kennedy para estudios de posgrado en Estados Unidos, y estaba admitida en Berkeley, que según tenía yo entendido era la nueva Meca de los revolucionarios de la década de 1960.

–Debo hacer constar una vez más –insistió con admirable dominio de sí misma– que el comité se verá obligado a pasar a la acción.

–No más concesiones –salmodió la señorita Franklin, implacable, desentendiéndose de nosotras para volver su atención a *Smokey* y susurrarle palabras cariñosas al oído mientras el felino intentaba trepar por sus anchos senos para encaramarse a la repisa de la ventana. La contemplé con perplejidad. Toda mi vida había aceptado el hecho de que algunas opiniones son correctas y otras están equivocadas. Y, sin embargo, qué antipática podía llegar a ser tal actitud. Nada de lo que dijéramos haría dudar a la señorita Franklin ni por un instante. Su mente estaba cerrada a cualquier otra posibilidad. Me recordaba a aquellas vírgenes totalmente impasibles de la Leyenda Dorada: las fieras retrocedían atemorizadas ante ellas, las espadas no atravesaban sus carnes invulnerables, e incluso cuando los verdugos las arrojaban al burdel se evidenciaban inviolables. Como rodeadas por un escudo invisible, o por un muro que las encerraba en un mundo propio. En el convento cantábamos las letanías de la Virgen, donde era comparada a un «huerto cerrado» y una «fuente sellada». Yo misma había pronunciado gozosa mi voto de castidad, pero ahora me daba cuenta de que no podía alinearme ya con el Voto de las Vírgenes.

Me volví hacia Maureen con una mueca de interrogación. Ella asintió con la cabeza y se puso en pie.

–Creo que no tenemos nada más que decirnos –anunció.

Aquella noche, al abrigo de la oscuridad, acompañé a Maureen con un grupo de chicas hasta la tapia. Cada una de nosotras llevaba su cizalla. Con método y obstinación destrozamos la alambrada y depositamos un montón de trozos de veinticinco centímetros en el césped delante de la ventana de la señorita Franklin. Al parecer, yo estaba dispuesta a apostar por los partidarios de la revolución sexual.

Pocos días más tarde, cuando asistí a mi primera fiesta, ya no lo veía tan claro. Una vez más, al entrar en la estancia, lóbrega y llena de humo, el ruido por poco me derriba. Las fiestas a las que había

asistido antes de ingresar en el convento habían sido celebraciones tranquilas y anticuadas. Bajo las miradas de nuestros mayores, benévolas pero más penetrantes que ojos de águila, formábamos parejas y arrastrábamos los pies por el suelo del salón intentando acomodar nuestros pasos a los educados compases del vals y el quickstep. Y aburridos, debo confesarlo, casi hasta la estupefacción. En cambio, nadie parecía aburrirse en esta otra fiesta, observé mientras me abría paso con inseguridad hasta el rincón donde había visto a Jane con su novio Mark. Acepté una copa de vino. Agradecida, tomé unos sorbos confiando en que ejerciesen algún efecto anestésico mientras contemplaba con asombro el espectáculo que tenía ante mí. La habitación estaba oscura como una caverna subterránea, salvo el alivio intermitente de unos destellos que nos convertían a todos en figuras de brujos y brujas talladas en granito. El cutis de Jane aparecía lívido, y los labios, negros. Al fondo distinguí a Pat y Fiona, cuyos bien parecidos y lozanos rostros estaban también blancos, sin color, con animadas expresiones que formaban un curioso contraste con aquella palidez cadavérica.

–Pareces aturdida –se inclinó hacia mí Mark, solícito.

Era un tipo alto, solemne, con los rasgos convencionalmente regulares de un modelo para fotografía. Me hablaba a gritos para hacerse entender entre aquel estrépito hiriente que me costaba identificar como música. Voces masculinas amplificadas berreaban entre acordes de guitarra, platillazos y, como fondo de todo, el batido primitivo e inquietante de un timbal.

–No, no. Para nada –contesté por educación, también a gritos.

Ahora me doy cuenta de que todo habría resultado más fácil si hubiese confesado lo extraño que era aquel mundo nuevo para mí, si hubiera compartido mi confusión y mi perplejidad franqueándome con los demás. Pero eso parecía imposible. A mi manera, yo era tan impenetrable como la señorita Franklin o como cualquiera de aquellas vírgenes y mártires. Quería que los demás creyesen que todo resultaba fácil para mí, que abandonar el convento era una cosa tan trivial como derribar un tronco. No deseaba ser objeto de compasión ni de curiosidad. La reticencia conventual se había convertido casi en una segunda naturaleza. Traté de demostrar interés con una pregunta inteligente.

–¿Quiénes son esos que cantan?

Jane y Mark, con simultaneidad casi cómica, hicieron un aspavento de sobresalto.

–¡Los Beatles, claro! –exclamó Jane.

Debí hacer una mueca bastante inexpresiva, porque ella agregó en tono de incertidumbre:

–Habrás oído hablar de Los Beatles, ¿no?

Sólo hablar de, desde luego. Mi hermana me había mencionado a ese grupo durante una de sus visitas, y el nombre había saltado ocasionalmente en algunas conversaciones de mis compañeras de estudios. Pero, aunque estábamos en 1969, en realidad yo no tenía idea de quiénes eran Los Beatles, ni noción de su extraordinario impacto en la sociedad británica de los sesenta, ni había conocido la beatlemania, ni había escuchado jamás una sola nota de su música, por supuesto. Jane y Mark trataron de explicarme lo que significaban Los Beatles para la gente de su generación, pero no entendí gran cosa. Me di cuenta de que estaban un poco alarmados por mi ignorancia. Jane me contemplaba con aire perplejo, aunque se echó a reír cuando le pregunté, no menos perpleja a mi vez, por qué habían elegido aquellos músicos el nombre de unos insectos negros y más bien repelentes. Sentado a mi otro lado, Mark repetía las letras de las canciones, que me escandalizaron por su descarnada expresión de deseo. *Love, Love Me Do. I Wanna Hold Your Hand. Please, Please Me.* Ni en sueños habría confesado yo tener semejantes necesidades, y no digamos proclamarlas a gritos, con tan salvaje abandono. Y, sin embargo, las letras tocaban alguna fibra sensible dentro de mí, haciéndome notar más nítidamente mi soledad en aquella sala abarrotada de gente. A mi alrededor todo eran pies que seguían el ritmo, cabezas que oscilaban con gestos de asentimiento, intercambios de miradas, como si alguna de aquellas frases contuviese un significado oculto y especial. Los Beatles eran como una corriente que conectaba a todos los participantes en la fiesta, o como un hilo que los unía. Eran los portavoces de una generación. Pero, aunque debían de tener más o menos la misma edad que yo, no hablaban por mí. Yo estaba presente en la fiesta, pero seguía ajena a ella. La naturalidad y confianza con que Los Beatles se limitaban a anunciar lo que deseaban me espantaba y, sin embargo, habría dado cualquier cosa con tal de ser capaz de hacer lo mismo. Aquellos deseos habían sido deserrados de mí por la educación, pero el conjuro dolorosamente directo de los versos me hacía anhelar tenerlos todavía. Notaba que tenía la garganta ahogada de lágrimas no derramadas: *All You Need Is Love.*

Pero... ¿amor en ese contexto? Aturdida, contemplé a los que bailaban. Esos nuevos conocidos míos seguramente no habrían oído hablar nunca del quickstep. Lo que hacían era saltar, retorcerse,

girar juntos por parejas. Algunos incluso bailaban solos: hacían molinetes con los brazos y levantaban las piernas en ángulos extrañísimos. Reflejaban con naturalidad lo que les sugería la música. Pero esa naturalidad era inaccesible para mí, y por un segundo noté la punzada de la envidia. «Cómo me gustaría hacer lo mismo –pensé–, y ser tan salvaje, desinhibida y libre.» Aquellos estudiantes vivían plenamente, con intensidad, de un modo que yo nunca podría. Cuando Mark me preguntó con amabilidad si quería bailar, meneé la cabeza. Para mí aquellas posturas eran tan imposibles como echar a volar.

Durante años se me había inculcado una contención física absoluta. Las monjas debían caminar con pasos medidos, reposadamente. Y no echar a correr nunca, salvo emergencia muy grave. Al principio me resultó difícil. Muchas de nosotras éramos jóvenes, y costaba dominar el impulso de correr escaleras arriba saltando los peldaños de dos en dos, o el de precipitarnos cuando llegábamos tarde a una clase. Poco a poco, aprendí a contenerme. Aunque nunca llegué a dominar del todo esas reglas del «decoro religioso» que, se suponía, deben presidir el comportamiento de las monjas. Era y soy torpe, mal coordinada. Nunca logré deslizarme silenciosamente como hacían algunas de mis compañeras novicias, ni se me daba bien lo de «guardar la mirada», como llamaban curiosamente a la costumbre monástica de andar con los ojos bajos. A mí me gusta enterarme de lo que ocurre a mi alrededor, y cuando se escuchaba algún ruido desusado, o entraba alguien en donde estuviera yo, me resultaba casi imposible no volverme. Recibí muchas reprimendas por mirar de frente a las superiores en lugar de dirigir humildemente la vista al suelo. No era mi intención faltarles al respeto, pero antes había aprendido que se debe mirar a la cara cuando una habla con las personas. Pues bien, pese a todas estas insuficiencias, algo de la disciplina conventual se me ha quedado, y hasta la fecha nunca he sido capaz de volver a bailar. Muchas veces he entretenido la fantasía imaginándome como gogó de una discoteca, capaz de soltarme, de abandonarme a la música y sumergirme en ella. Debe de ser una sensación maravillosa. Pero nunca me ha sido posible. A una edad muy impresionable, mi cuerpo se hizo a otros ritmos, y para bien o para mal, esa impronta ha quedado.

Mientras contemplaba a los que bailaban tuve la noción de hallarme fuera de mi elemento. Imposible no darse cuenta del carácter descaradamente sexual de aquellas coreografías. Recordaban las danzas ceremoniales de los africanos, que había visto alguna vez en

documentales o noticiarios. Interesante, pero sin relación conmigo. Fingía sentirme despreocupada, a mis anchas, pero en realidad estaba a disgusto. Se me antojó que debía de parecer tan fuera de lugar como la Reina, con sus vestidos de matrona de barrio y agarrando con desesperación el inevitable bolso mantenido ante sí como un escudo, con una sonrisa forzada, durante las danzas rituales que se interpretaban para homenajearla con ocasión de sus viajes por la Commonwealth. No sin consternación descubrí que, si bien había dejado de pertenecer al convento, no por eso pasaba a formar parte de este otro mundo.

La ojeada retrospectiva me permite darme cuenta de que durante aquellos primeros meses debí de experimentar algo muy semejante al trauma cultural de los que, por un motivo u otro, se ven obligados a abandonar las tierras donde nacieron, Pakistán, Palestina o Zimbabue, para emigrar a algún país occidental. Los violentos trastornos del siglo xx, con sus éxodos sucesivos, han dejado millones de desarraigados. Por supuesto, el exilio no es un simple cambio de domicilio. Es también una dislocación espiritual. Antropólogos y psicólogos nos dicen que las personas desalojadas se sienten perdidas en un universo súbitamente extraño para ellas. Una vez desaparecida la referencia fija del «hogar», o de la «patria», queda una falta esencial de orientación, y una de sus consecuencias es la de que todo parece relativo e inútil. Cercenadas las raíces de la cultura y la identidad, los emigrantes y los refugiados quizá llegan a tener la sensación de estar marchitándose y de convertirse en algo insustancial. Su «mundo», inextricablemente vinculado a un lugar único en el cosmos, acabó, en el sentido más literal de la palabra.

Ahora yo compartía algo de esa experiencia del siglo. Cierto que había dejado por propia voluntad mi «hogar» en el convento, y que no languidecía en ningún campamento de refugiados, pero me hallaba exiliada de todo lo que constituía un sentido. Privada de seguridades, e incapaz de interpretar el mundo de los sesenta emergido durante mi ausencia, espiritualmente me hallaba aturdida, falta de orientación y sin saber hacia dónde volverme. Podía ver la misma mirada atónita, de estupefacción, en los ojos de la anciana oriunda de Bangladesh que atendía el comercio de la esquina más próxima al St. Anne's donde comprábamos el periódico y las chucherías.

Volví a encontrarla en los ojos de la hermana Mary Sylvia, una monja de mi colegio. Recién llegada de la India para estudiar litera-

tura inglesa, residía en mi antiguo convento de Cherwell Edge. Al parecer, en la India había obtenido una licenciatura, dirigido colegios y desempeñado cargos importantes dentro de la orden. Pero al abandonar la India, por lo visto, se desquició por completo. Era del todo incapaz de escribir un trabajo coherente, así como de cumplimentar las sencillas formalidades requeridas para sacar un libro de la biblioteca del colegio y de recordar los horarios de las clases y los seminarios. De todo esto me enteré con bastante detalle porque me llamaban a menudo para que fuese a socorrerla, puesto que era la única conocedora de las arcanas costumbres monjiles. Cuando trataba de ayudar a la hermana Mary Sylvia en una redacción, me daba cuenta de que simplemente no entendía lo que intentaba explicarle. Cierta día faltó a clase de filología, que, como de costumbre, se daba en el aula pequeña de los seminarios. La encontré sentada a solas en el comedor, sonriendo beatíficamente mientras el asombrado personal se afanaba a su alrededor tratando de encerar el piso y de poner las mesas para el almuerzo. Se notaba que no sabía dónde se hallaba, aturdida y completamente fuera de sí. Lo mío no era tan malo, pero no me costaba darme cuenta de lo que estaba padeciendo la hermana. Privada de mi entorno familiar, yo también andaba sin rumbo en un mundo que no significaba nada para mí. Más tarde, aquel mismo año, cuando mi tocayo Neil Armstrong hizo su «gran paso adelante para la humanidad» sobre la accidentada superficie lunar, al verlo me pareció que aquel paisaje inhóspito, negro y de una desolación fantasmal, resumía con exactitud lo que el planeta Tierra había pasado a ser para mí.

Tampoco mejoró mucho cuando regresé a casa para las vacaciones. Mi familia me dio una bienvenida maravillosa. Pero esperaban a la hija y hermana que los había dejado siete años antes. Temerosos, impacientes por reanudar la vida familiar normal, pero casi unos desconocidos para mí. Durante aquellos años, las visitas se espaciaban a intervalos de seis meses y sólo se permitía una carta cada cuatro semanas. Tal comunicación resultaba insuficiente, por no llamarla de otra manera. Las visitas en el locutorio del convento eran rígidas, artificiosas. No se nos permitía sentarnos a comer con los «laicos», de manera que mis progenitores asistieron a algunas ceremonias espantosas rodeados de un revoloteo de monjas que servían el té y trataban de dar conversación, mientras yo me encaminaba

hacia el refectorio del convento para comer con la comunidad. Mi hermana Lindsey, tres años menor que yo, aborrecía aquellas visitas. Cuando contemplaba cómo desfilábamos hacia la capilla, hacíamos la genuflexión delante del altar con precisión casi castrense, y nos quedábamos arrodilladas, inmóviles en los bancos, con la tensión subyacente, la rigidez estólida y el temor a que alguien pudiese estropear tanta perfección con un error, Lindsey quedaba hasta tal punto petrificada que se desmayaba. Y no sin alegría de algunas hermanas de la comunidad, era preciso sacarla de allí. A ella, que jamás había perdido el sentido en ningún otro lugar... Mis cartas tampoco eran un consuelo. Estaba prohibido hablar de lo que ocurriese dentro del convento, y como estuve muchos años sin salir apenas de aquel recinto, mis comentarios quedaban reducidos a descripciones anodinas del paisaje o reverentes relatos de las ceremonias religiosas.

Por consiguiente, mis padres no tenían ni la menor idea de lo que había sido mi vida durante los pasados siete años. En un plano más profundo y más preocupante, me vi simplemente incapaz de corresponder a sus muestras de afecto. Rehuía toda intimidad, no soportaba que nadie me tocara ni me abrazase, y sin poderlo evitar hablaba en el tono más bien impersonal y distante que usan las monjas. Como es natural, mis padres estaban molestos. Yo me daba cuenta, lo cual me remordía la conciencia, y así quedábamos en un punto muerto. De modo que, por lo visto, el entrenamiento había dejado su huella, a pesar de todo. Mi capacidad afectiva estaba atrofiada o tan disminuida que no podía funcionar normalmente. Me sentía gélida y comprendía lo que quiere decir la gente cuando afirma que alguien tiene el corazón de piedra. Casi notaba dentro de mí esa dureza pétrea desconocida. Era como un peso y una gran frialdad. Me había convertido en una persona incapaz de amar y que tal vez nunca llegaría a establecer contacto con los demás. Me gustase o no, yo era un huerto cerrado, una fuente sellada.

En aquellos días, dejar la vida de religión no era como cambiar de empleo o mudarse de casa. Simplemente, el noviciado no nos había facilitado ninguna capacitación profesional. En nuestro fuero interno estábamos intactas. Era un condicionamiento. Durante unos tres años se nos aislaba por completo del mundo exterior, y también de las demás de la comunidad. La puerta del noviciado quedaba cerrada de forma permanente, y sólo hablábamos con las monjas algunos días festivos muy especiales. De esta manera, el noviciado pasaba a ser nuestro mundo. Los humores y los caprichos

de nuestra maestra de noviciado adquirirían una importancia monumental. Cuando nos castigaban, aquello era un acontecimiento cósmico. Cuando nos sentíamos abandonadas o deprimidas, nadie nos brindaba su comprensión. El ambiente era gélido, muchas veces, intimidante. De noche, en el largo dormitorio, oíamos cómo lloraba alguna, pero jamás se nos habría ocurrido levantarnos a preguntar qué le pasaba. Vivíamos en una comunidad, codo con codo podría decirse, pero cada una estaba tan sola como si la hubieran emparedado. Dependíamos para todo de nuestra superiora, y recibíamos sus opiniones acerca de todo y acerca de nosotras como si fuesen la verdad del evangelio. Yo era muy joven y carecía de experiencia a la que remitirme para contrarrestar semejante régimen. Así fue quedando cada vez más lejos el mundo, y los pequeños dramas y fríos valores de la vida de noviciado llenaron todo mi horizonte.

Ese tipo de aislamiento es parte central de todos los ritos de iniciación practicados en el mundo antiguo y en muchas sociedades indígenas actuales. A los muchachos, cuando llegan a la pubertad, los alejan de sus madres, los separan de la tribu y los someten a una serie de pruebas intimidatorias que les dejan una impresión imborrable. Es un proceso de muerte y resurrección. Muere el niño, y resucita para vivir una vida completamente nueva como individuo adulto. A menudo les dicen que van a sufrir una muerte horrible. Se les obliga a tumbarse en una caverna o un sepulcro, donde serán abandonados a solas, enterrados vivos. O se les infligen intensos dolores físicos (tatuajes, o la circuncisión), y tienen que presenciar ritos terroríficos. La noción es que en circunstancias tan extremas, el joven descubrirá dentro de sí mismo recursos interiores que harán de él un individuo útil a su pueblo, una vez recibido plenamente entre los adultos. Por tanto, la finalidad de estos ritos iniciáticos es obligar a prescindir de la dependencia de la infancia y asumir la responsabilidad adulta, teniendo en cuenta que los varones arriesgarán la vida como cazadores y guerreros, y en caso necesario la entregarán en defensa de su pueblo.

También nuestro entrenamiento era una iniciación. Se nos separaba del mundo, éramos privadas de los afectos normales y se nos sometía a pruebas para sondear la firmeza de nuestra decisión. En cierto modo también íbamos a ser soldados, guerreros de Dios que practicaban la obediencia militar preconizada por san Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas y autor de la Regla por la que nos regíamos. Aquel entrenamiento también iba encaminado a hacer de nosotras unas adultas independientes, que no necesitasen el afecto

ni la aprobación de ninguna otra persona. Y se nos enseñaba asimismo que nuestro antiguo yo debía morir para librarnos de la mentalidad mundana y secular. Por supuesto, no nos sepultaban vivas ni nada por el estilo, pero nos humillaban a cada paso, nos castigaban en público, o nos mandaban hacer cosas obviamente absurdas. Como dice la Regla ignaciana, debíamos plegarnos ante la voluntad de Dios. Y ésta se expresaba por mediación de nuestras superiores. Debíamos comportarnos «como un cadáver que tolera ser tratado de cualquier manera, o como el bastón de un anciano, que se sirve de él como quiere y en cualquier lugar». Muertas para nosotras mismas, renaceríamos a una vida de mayor plenitud y perfección, tal como había prometido Jesús en un pasaje que nos agradaba citar: «En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo, pero si muere, produce mucho fruto.» Y cuando profesábamos, y mientras el coro cantaba la Letanía de los Santos, se nos amortajaba como a difuntas: simbólicamente muertas para el mundo y para nuestro yo codicioso y desvalido, que se aferra como una criatura a unos consuelos tan vulgares como inútiles.

Ahora yo tenía la sensación de haber muerto, pero ciertamente no estaba dando mucho fruto. Era como si hubiese entrado en una región crepuscular entre la vida y la muerte. Pero en vez de transfigurarme como esperaba, me había quedado con lo peor de ambos mundos. En vez de sentirme llena de valor, intrépida, activa y protectora de los demás, como el recién iniciado de un rito tribal de paso, estaba paralizada de miedo. Tan incapaz de amar como de recibir amor, me había convertido en menos que humana. Quise transformarme y enriquecerme, pero me veía disminuida. Quise hacerme fuerte y me había hecho rígida y nada más. La frialdad y el frecuente desabrimiento con que nos trataban a fin de «templarnos», me habían dejado tan inútil como un bistec demasiado duro. Era una enseñanza destinada a lograr que nos trascendiéramos, que superásemos el orgullo y el egoísmo que alejan de Dios. Pero yo me hallaba atrapada dentro de mí misma, tan incapaz de escapar como de abrirme a los demás. Una iniciación prepara para la vida en la comunidad; en cambio, yo había abandonado la comunidad a la que supuestamente debía servir, y vivía en un mundo que, según aquella enseñanza, era profunda y absolutamente rechazable.

Una de las mayores dificultades de mi retorno al hogar familiar fue tropezarme una y otra vez con mi yo anterior, una Karen de diecisiete años todavía incólume, vital y llena de esperanzas. En mi

habitación, recordaba cómo me había sentado en aquella misma silla, y cómo me había echado en aquella misma cama, transida de emoción en espera de la gran aventura que me disponía a iniciar. Cuando tomaba un libro de la estantería, recordaba el asombro y el placer de la primera lectura de aquella novela o del descubrimiento de aquel poema. Allí seguían las cajas que contenían cartas y postales de los amigos, llenas de afecto, y con expresiones de una confianza natural que ya no lograba imaginar siquiera. La persona a quien se referían había desaparecido, había muerto debajo de aquella mortaja, a todos los efectos. Sentí el dolor como habría sentido la desaparición de una amiga muy querida. Y me daba cuenta de que todo había sido por mi culpa. No fue intención de mis superiores que ocurriese. No fueron ellas quienes me arrojaron a ese limbo, sino yo, que no había reaccionado de manera correcta bajo la disciplina. Había sido demasiado débil para seguir el camino hasta el final y dejar que muriese auténticamente el antiguo yo. Seguía mendigando afecto y cariño, y lloraba porque era demasiado débil para soportar aquellas férreas austeridades. Había intentado algo que estaba más allá de mi capacidad, y mi presunción quedó herida..., como una niña que, impaciente por llegar a ser bailarina, se empeña en practicar *en pointe* demasiado temprano, antes de tener los pies bien formados, y se gana una invalidez incurable.

El amor estaba fuera de mi alcance, e incluso la amistad se me hacía difícil. Al menos me quedaba mi trabajo. Sabía que se me daban bien los estudios. Pese a los trastornos de mi salida de la vida religiosa, había obtenido buenos resultados en Oxford hasta entonces y confiaba en sacar una nota alta a fin de curso.

Para mi contrariedad, tropecé con un nuevo obstáculo. Aquel semestre me tocó salir a estudiar con un tutor de uno de los colegios masculinos. Elegí como compañera de tutoría a Charlotte, una muchacha de gran talento, pero que también tenía sus problemas. Su madre falleció cuando estábamos en primero y Charlotte cayó en la anorexia. Y aunque había superado lo peor, todavía estaba muy delgada y desconfiaba de los alimentos. Con frecuencia cambiábamos miradas repletas de sobreentendidos. Sabíamos que las dos nos debatíamos contra algo, y pensamos que sería buena idea pasar más tiempo juntas. La ambición de Charlotte era llegar a ser novelista.

–Escribe muy bien, de veras –me había dicho Dorothy Bednarska, que se la había presentado a un agente literario.

El estudio de la preceptiva literaria, en cambio, se le hacía difícil a Dorothy. Lo que escribía era brillante y original, pero como comentaba:

–Estudiar la literatura desde el punto de vista crítico y técnico es perjudicial para mi obra.

Temía que se le agarrotase el estilo, y se negó en redondo a estudiar teoría de la novelística. Como era costumbre en Oxford, se nos obligaba a leerle nuestras redacciones en voz alta al tutor durante la reunión semanal con él. Charlotte manifestaba extrañeza y aun repugnancia después de escuchar las mías.

–No sé cómo puedes escribir esos mamotretos –me dijo una vez–. Son bonitos, en cierta manera. Son redacciones como catedrales góticas, con todas las referencias que hay que citar y todas las teorías bien puestas en sus lugares. Una arquitectura de ciclópeo conformismo.

Era obvio que no lo decía como un elogio precisamente. A mí, en cambio, me gustaba leer las obras de crítica literaria que ella vituperaba. Me divertía sopesar las opiniones de cada estudioso comparándolas con las de otros, y sacar mis propias conclusiones a partir del pensamiento de otras personas. Pero, al mismo tiempo, me sentía desasosegada al darme cuenta de que ponía muy poco de mí misma en mis trabajos. Todo lo que presentaba semana tras semana constaba de muchas ideas de otros y muy pocas mías.

En el curso en que nos hallábamos, sin embargo, eso ya no se toleraba. Nuestro nuevo tutor era un profesor joven y algo engreído, pero decían que de los mejores, de uno de los colegios más modernos. Sentadas en su habitación soleada, con las paredes revestidas de estantes llenos de libros, contemplábamos a los estudiantes que jugaban con los peces de colores del foso. El doctor Brentwood Smyth, elegantemente desmadejado en un suntuoso sillón de piel, se levantaba de vez en cuando para consultar un texto.

–Creo que tiene usted un premio Violet Vaughan Morgan, ¿no? –me preguntó–. Impresionante. Debe desenvolverse bien en los exámenes.

Por el tono en que lo decía, se adivinaba que no lo juzgaba tan impresionante. Demostraba más interés hacia Charlotte, cuyas contestaciones originales y bien meditadas suscitaban visiblemente su curiosidad.

–¡Ah! ¡No me venga con horas convenidas! –exclamó con impaciencia cuando le pregunté cuál era el mejor momento para que nos atendiese–. Eso es lo malo de los colegios mayores femeninos, que

están organizados como en el instituto. Puede llamarme en cuanto tenga terminada la composición.

–¿Sobre qué vamos a escribir? –le pregunté.

–Bueno, sobre cualquier cosa que le interese. No voy a poner uno de esos formidables trabajos de examen. Seguro que no les faltarán en el St. Anne's. No, escribanme algo sobre un poema. *Helada a medianoche* de Coleridge, por ejemplo. No lean ningún comentario literario. Simplemente, vivan con ese poema durante una semana, y luego me dicen lo que ha significado para cada una de ustedes dos, y para nadie más. Cuando lo tengan concluido, me llaman.

Aquello era música para los oídos de Charlotte, pero muy preocupante para mí. Comprendí que la idea era acertada, y de hecho, más adelante, cuando me tocó dar clases de literatura, muchas veces les proponía a mis estudiantes una tarea similar. Por aquel entonces, me sentía incapaz de llevarla a cabo. Necesitaba refugiarme en los libros y las mentes de otros porque, abandonada a mis propios recursos, descubriría que no tenía nada que decir. No porque el poema no me dijese nada. Al contrario, era desde luego una obra extraordinaria. Podía servir para un estudio fascinante sobre el movimiento romántico en Inglaterra. Pero lo que me dijese a mí el poema... y, sin embargo, eso deseaba averiguar el doctor Brentwood Smyth y yo no sabía qué iba a contarle. Comencé a recordar otros versos de Coleridge escritos en una época de profunda depresión, cuando contemplaba el cielo nocturno «con su peculiar tinte verdeamarillento», el cenital de nubes, la luna y las estrellas:

*En todos veo tan excelente belleza,
No siento, los veo cuan hermosos son.*

Ese poema debía dejarme transida, y sacarme luego del ensimismamiento para ir a su encuentro. Como en otros tiempos. No había olvidado cómo me conmovía la lectura poética cuando estaba en el instituto. Pero ahora, y una vez más, lo mismo que en mis relaciones con los demás, todo era vacío y desolación. Era insensible incluso para la literatura que más creí amar.

Una iniciación, en principio, debe hacernos independientes. La mía había surtido el efecto contrario. Mientras peleaba tratando de llenar el mínimo de páginas indispensable para una redacción, me enfrenté a la triste realidad de que había dejado de tener ideas propias. Mejor dicho, se me había educado concienzudamente para no tenerlas. Hubo un momento, al principio del postulante, en que

pude oír todavía una señal de alarma. Fue en un cursillo de Apologética, la parte de la Teología que enumera las explicaciones racionales de la fe. Al terminar me pusieron un pequeño trabajo: «Explicar las pruebas históricas de la Resurrección.» Yo había leído los libros de texto correspondientes, había entendido lo que se esperaba de mí y, en consecuencia, escribí una disertación sobre los acontecimientos de la Pascua, en la que el hecho de que Jesús se levantase de entre los muertos resultaba tan incontrovertible e históricamente demostrado como la batalla de Waterloo. Era un absurdo, por supuesto, pero eso no parecía importar en Apologética.

–Muy bien, hermana. –La pálida y delicada monja que supervisaba nuestros estudios, la madre Greta, me devolvió mis papeles con una sonrisa–. Es un bonito trabajo.

–Sí, madre. Pero... ¿a que no es verdad? –se me escapó sin saber cómo.

La madre Greta suspiró, se pasó la mano por debajo de la ceñida toca y luego se frotó la frente como para ahuyentar pensamientos importunos.

–No, hermana –habló con fatiga–. No es verdad. Pero no se lo diga a las demás, por favor.

Lo cual no significaba que la madre Greta hubiese dejado de creer en la Resurrección de Jesús ni que hubiese perdido la fe. Pero había estudiado en la prestigiosa Universidad Católica de Lovaina, y sabía que el tipo de recopilatorio escrito por mí ya no era aceptable como ejercicio intelectual digno de consideración. Un estudio detenido de los relatos de la Resurrección en los evangelios, que se contradicen a cada paso, demuestra que ésas no son narraciones factuales capaces de persuadir a un historiador moderno, sino la tentativa mitológica de describir los conceptos religiosos de los primeros cristianos, que experimentaron a Jesús resucitado como una presencia dinámica en sus vidas y realizaron de manera parecida el paso espiritual de la muerte a la vida. Mientras miraba a la madre Greta sin atreverme a decir nada, comprendí que si hubiera sido por ella, habría tirado a la papelera el cursillo de Apologética para dedicarse a introducirnos en un estudio más fructífero del Nuevo Testamento. Pero en tanto que monja, estaba obligada a cumplir órdenes superiores. Lo que yo había escrito no era verdad, porque las revelaciones de la fe no pueden reducirse al análisis racional o histórico. Incluso en aquella etapa inicial, eso lo sabía yo, aunque de una manera confusa e incoherente. Y la madre Greta sabía que yo lo sabía.

Fue un instante de lucidez. Y ahora que recuerdo aquella escena del postulantedo, con el sol otoñal que entraba por la ventana, la anciana monja mentalmente fatigada y desmoralizada y la postulanta mirándola con expresión aturdida, ambas apartando de la luz nuestras mentes de manera deliberada, me pregunto qué creeríamos entonces que estábamos haciendo. A mí se me había señalado una tarea bastante inútil. Durante una semana, mientras preparaba mi redacción, la escribía y aprendía cómo eliminar algunas de las cuestiones más obvias mediante diversas prestidigitaciones mentales, me había dedicado a algo perverso, a contar una complicada mentira, torciendo la inclinación sana y natural de mi mente para apartarla de la verdad que me contemplaba cara a cara, y forzándola a negar lo que debió haber quedado más claro que la luz del día. Años más tarde, en la época de mi colapso, llegué a saber que, en efecto, la madre Greta vivía muy angustiada con la manera en que se nos enseñaba, que expresó su desaprobación y fue obligada a conformarse. ¿Qué se proponían nuestras superiores? ¿Por qué no hice trizas aquel papel insincero o, por lo menos, por qué no discutí la cuestión con la madre Greta? Simplemente, me había resignado a contemporizar con aquella confusión malsana.

Pero entonces yo sólo tenía dieciocho años y, además, aquel no fue un incidente aislado. El mismo día primero de nuestro postulantedo, la madre Albert, nuestra directora, nos explicó que durante los primeros años de nuestra vida religiosa se nos explicarían muchas cosas que nos parecerían increíbles o irracionales. Pero eso no sería más que apariencia debida a nuestra falta de madurez espiritual. Debíamos aprender a habitar un elemento diferente del resto de la tierra y respirar un aire distinto. Estaban todavía demasiado recientes en nosotras «el mundo» y sus taras. Pensábamos y reaccionábamos como gente laica, pero ahora tendríamos que asumir la perspectiva de Dios, el Dios que habló a Isaías:

*Porque mis pensamientos
No son vuestros pensamientos,
Ni vuestros caminos mis caminos.
Como se alza el cielo
Por encima de la tierra
Se elevan mis caminos
Sobre vuestros caminos
Y mis pensamientos
Sobre vuestros pensamientos.*

De modo que cuando sintiéramos la tentación de cuestionar las ideas, los principios y las prácticas de la orden, deberíamos recordar que todavía no estábamos en condiciones de entender. Éramos como niños que aprenden un lenguaje del todo nuevo para ellos. Algún día, en un futuro no demasiado lejano, cuando hubiésemos desarrollado la espiritualidad, veríamos todas estas cosas bajo un prisma muy diferente. Hasta entonces tendríamos que esperar con paciencia, envueltas en lo que los místicos llamaron las tinieblas de la ignorancia, a que todo nos fuese revelado. Por tanto, mi humilde y embustero trabajo sobre la Resurrección formaba parte de ese programa más amplio.

También lo sería tenerme una vez, como ocurrió durante mi postulanteo, largas horas pedaleando en una máquina de coser sin aguja. A decir verdad fue consecuencia de un malentendido, pero no quita que se aplicase el mismo principio subyacente en todo. A mí los trabajos de costura se me daban muy mal, y acababa de estropear la única máquina de coser en buen estado que tenía la comunidad. Enfurecida, la madre Albert me envió a practicar media hora todos los días con una máquina vieja que se hallaba en un cuarto adyacente. Pero le faltaba la aguja. Cometí el error de quejarme. Hacía tiempo que la madre Albert tenía intención de colocar una aguja nueva, pero se le había olvidado. Sin embargo, seguía enfadada conmigo, y por lo visto aquel día no estaba dispuesta a tolerar ninguna contestación.

–¡Cómo se atreve! –dijo con voz fría, de rabia contenida–. ¿No sabe usted que una religiosa jamás debe corregir a la superiora? Y menos con esa impertinencia... «¡Esa máquina no tiene aguja!» –remedó mi débil conato de defensa, meneando la cabeza con energía, antes de proseguir–: ¡Se sentará usted a esa máquina, hermana, y trabajará todos los días, con aguja o sin ella, hasta que yo le dé permiso para dejarlo!

Y eso fue lo que hice, pedalear en la máquina inservible mientras me decía a mí misma que lo hacía para cumplir con el deber de obediencia. Que aquello que tal vez pareciese absurdo a ojos de un profano era la mejor manera de invertir el tiempo. Era servir a Dios. Casi había logrado acallar las objeciones que mi mente indómita suscitaba de vez en cuando, hasta que, dos semanas después, la madre Albert entró en el cuarto y se me quedó mirando como si acabase de ver a una demente. Pero esta vez yo estaba preparada cuando se puso a gritar:

–¡Pero qué se figura usted que está haciendo...!

–Aprendiendo a coser a máquina, madre.

–¡Pero si no tiene aguja, esa...!

Todavía estaba hablando cuando me di cuenta, por su expresión, de que acababa de encenderse una luz, y comprendí que había olvidado el caso por completo. Se llevó la mano a la nuca y se volvió con rapidez para disimular la agitación de los labios apretados, la hilaridad contenida. Cuando se hubo recobrado, me echó una reprimenda. Yo era orgullosa y desobediente. Una monja no debía contrariar a la superiora como yo hice aquel día, por muy convencida que estuviese de la equivocación de ésta. Para mí, ella tenía razón por cuanto era la representante de Dios. Mi condenable vanidad intelectual era el impedimento que bloqueaba mi progreso espiritual, y no se adelantaría nada mientras yo me negase a considerar los asuntos desde el punto de vista sobrenatural.

Pero, ¿era posible comportarse de esa manera por tiempo indefinido sin que ello acarrease un daño mental verdadero y permanente? Recordé otro suceso ocurrido cerca de un año más tarde, la primera vez que me di cuenta de que mi cabeza no me obedecía. Fue durante la hora de recreo en el noviciado. Estábamos sentadas alrededor de la mesa larga, con nuestras labores de aguja, presididas por nuestra directora la madre Walter. Aquella noche comentábamos los cambios que empezaba a introducir en la liturgia el Concilio Vaticano Segundo. Por ejemplo, decir la misa en inglés, prescindiendo del latín. Y aquella mañana, los chicos del internado adyacente habían acompañado a la guitarra un cántico escrito por ellos mismos. A la madre Walter no le gustó. Era muy aficionada al canto gregoriano y nos había enseñado a apreciarlo también. Aunque en una ocasión me dijo que mi voz sonaba como una piedra de afilar rota, se me obligaba a cantar en el coro. Nunca pude atacar las notas más agudas pero, aunque me daba cuenta de mis fallos de entonación, empecé a apreciar las cualidades espirituales del canto llano. La melodía, por ejemplo, giraba meditativamente alrededor de las palabras y podía ocurrir que llamase la atención sobre una frase, o incluso una oscura preposición en la que normalmente nadie se habría fijado, pero que con el subrayado musical quedaba llena de sentidos. En la época, sin embargo, pareció que los días del canto litúrgico estuvieran contados, y aunque la madre Walter se habría cortado la lengua antes que decir nada contra el Vaticano, estaba convencida de que aquello sería una pérdida irreparable.

–Por supuesto, el Concilio recibe la inspiración del Espíritu Santo –decía–. Pero es difícil ver cómo vamos a reemplazar una tradición musical que tiene siglos de antigüedad. Fijaos en que san Bernardo

cantaba lo mismo que nosotras hoy, y también lo hicieron santo Tomás de Aquino y san Francisco de Asís. En cambio nosotras tendremos que escuchar ahora a unos niños con guitarras.

Por un instante, la calma controlada de su voz se quebró, y apareció aquel rostro iracundo que todas nosotras habíamos aprendido a temer.

–Pero, madre –terció vivamente la hermana Mary Jonathan, novicia que me llevaba un año de ventaja y había sido mi «ángel de la guarda» en los comienzos de mi noviciado–, a lo mejor esos cambios no serán forzosamente desastrosos... Al fin y al cabo, en principio no tiene por qué ser malo acompañar la misa con música de guitarra.

La reverenda frunció el ceño.

–Me figuro que es ocioso que nos pongamos a discutir de ese asunto –replicó fríamente.

Obedientes, todas inclinamos la cabeza sobre nuestras labores, desentendiéndonos del tema. La discusión quedaba cerrada. A ninguna se le habría ocurrido tratar de proseguirla, una vez nuestra superiora había manifestado sus deseos de forma terminante.

–Pero la gente a lo mejor acudirá a la iglesia para escuchar las guitarras porque le gusta más esa clase de música –continuó la hermana Mary Jonathan, con absoluto asombro por mi parte–. A nosotras se nos ha enseñado a apreciar el gregoriano, pero la mayoría de las personas no entiende el latín, y la música es tan distinta de lo que están acostumbradas a escuchar, que no saben apreciarla.

La madre Walter soltó una carcajada seca, más parecida a un ladrido furioso.

–Si necesitan que haya guitarras para acudir a la iglesia será que no tienen mucha fe –dijo con sarcasmo, con la mirada hiriente y el labio inferior abultado en una mueca desdeñosa.

En la estancia, la tensión hubiera podido cortarse con un cuchillo. Nadie replicaba jamás de esa manera. Las agujas de coser volaban como si nuestra vida dependiera de ello. Yo, en cambio, miraba esperanzada a la hermana Mary Jonathan, deseosa de que continuara. En otros tiempos, yo habría sido capaz de hacerlo, se me ocurrió recordar de repente. Me gustaba explorar los distintos puntos de vista, acumular argumento tras argumento, poner a prueba una idea en la confrontación con el razonamiento de otra persona. Pero ahora era tan incapaz de hacer una cosa así como de correr desnuda por el claustro. No sólo no se me ocurriría contradecir a la madre Walter –bien mirado, me dije no sin congoja, la hermana Mary Jonathan estaba quebrantando no una, sino varias reglas en aquellos momen-

tos-, sino que ni siquiera me sentía capaz de pensar en tales términos. La hermana Mary Jonathan, en cambio, sí.

-Las guitarras quizá le darían una oportunidad a Dios -replicó alegremente-. La gente acude para escuchar, y entonces descubre que hay algo más...

-¡Basta, hermana! -tronó la superiora-. Nunca hubiera imaginado que usted, precisamente... -añadió, en alusión a que la hermana Mary Jonathan tenía mucho talento para la música-. ¿De veras piensa que Dios necesita *una guitarra*? -mordió la palabra como si fuese una obscenidad-. ¿Que a Dios le hace falta una oportunidad?

-Pues a mí me parece que Jesús tocaría la guitarra si viviera en nuestros tiempos -contestó la intrépida hermana.

-¡Absurdo, hermana! ¡Nunca había escuchado tantas necesidades! ¡Él jamás habría hecho nada por el estilo!

Me apresuré a inclinarme sobre la media que estaba remendando para ocultar mi involuntaria alegría. De súbito imaginé a Jesús de pie en un monte de Galilea, rodeado de una multitudinaria audiencia de judíos y entonando el canto llano. ¡Qué imagen tan ridícula!

Mi sonrisa no le había pasado desapercibida a la madre Walter.

-Celebro que le parezca tan divertido, hermana -dijo con forzada ironía-. A mí me parece tristísimo. La hermana Mary Jonathan ha faltado gravemente a la obediencia y ha pecado contra la caridad, puesto que nos ha estropeado el recreo a todas.

Eso puso punto final a la discusión. Pero aprovechando un momento en que la madre no miraba, la hermana Mary Jonathan me guiñó el ojo e hizo una mueca de burla. Contemplada retrospectivamente, esa complicidad fue profética. Ella abandonó la orden poco antes que yo. Se había enamorado de un joven jesuita, compañero de estudios en la Universidad de Londres. A su modo, salió mejor librada que yo. Me pareció que seguiría sin tener dificultad para decirle a todo el mundo lo que pensaba. Mi problema, mientras peleaba con mi muy insatisfactoria redacción para el doctor Brentwood Smyth, era que no conseguía tener ningún pensamiento propio. Cuantas veces nacieron frágiles retoños de alguna idea potencialmente subversiva, los había pisoteado con firmeza para impedir que brotasen otra vez. Ciertamente que hacia el final de mi vida religiosa discutí a menudo con la madre Praeterita, mi superiora de Oxford. Pero las ideas que esgrimi contra ella no eran mías. No hacía sino repetir como un loro lo que había leído en libros y artículos. En el terreno intelectual, por lo visto, nunca más podría volver a funcionar como agente libre. Sin duda es posible castigar la mente demasiado, de manera que el daño

resulta irreversible, lo mismo que otros castigan el cuerpo alimentándose de una manera inadecuada, privándose de ejercicio o con los miembros metidos en una camisa de fuerza. Me parecía tener el cerebro prisionero de unos vendajes muy apretados, como los pies de una mujer china. Una vez leí que cuando les quitaban las vendas, el dolor resultaba insoportable. La deformación ya no tenía remedio, y nunca volverían a caminar con normalidad.

Yo sabía que una buena monja debe renunciar a todo y dar por perdido el mundo al abandonarse a la voluntad de Dios. Pero ¿qué le había pasado a Dios? Aunque mi vida estuviese vuelta del revés, el lugar de Dios debería ser el mismo. Me parecía que, sin darme cuenta, me había convertido en algo parecido a un cadáver o el bastón del anciano de que hablaba san Ignacio. Tenía el corazón y la mente entumecidos y anquilosados, pero también Dios estaba ausente, o por lo menos así lo sentía yo. En el lugar que antes ocupaba en mi mente no había más que un extraño vacío.

O tal vez fue a partir de un momento determinado, cuando me atreví a confesar ese vacío dejado por Dios en mi conciencia. Uno de los fracasos más dolorosos de mi vida en el convento fue el de mi incapacidad para rezar. Toda nuestra existencia giraba alrededor de Dios. La regla del silencio debía servir para que fuésemos capaces de escucharle. Pero él nunca me habló.

Cada mañana, a las seis, nos arrodillábamos en la capilla para una hora de meditación, según el método creado por san Ignacio para sus jesuitas en los *Ejercicios espirituales*. Se trata de una disciplina muy estructurada. Como paso preliminar, había que preparar un tema la noche de la víspera. Cada una de nosotras dedicaba un cuarto de hora a elegir un pasaje de las Escrituras o de algún devocionario, y tomábamos nota de los aspectos que consideraríamos la mañana siguiente. La meditación de Ignacio se basaba en un programa de tres partes: Ver, Juzgar y Actuar. Para empezar, permanecíamos en silencio varios minutos mientras recitábamos una oración para recordar que estábamos en presencia de Dios. Entonces nos arrodillábamos, sacábamos nuestros libros y nuestras anotaciones, y comenzaba el «Ver». Lo cual significaba hacer uso de la imaginación para visualizar la escena de los Evangelios que habíamos elegido. E incluso cuando el asunto de nuestra meditación fuese de un género más abstracto, era preciso figurarse una «habitación» local para el tema y darle alguna concreción. Ignacio atribuía mucha importancia al ejercicio de todas las facultades, de manera que el hombre entero –no tenía muy buena opinión de las mujeres– se intro-

dujese en el entorno divino. Esta «composición de lugar», como se llamaba, servía también para combatir las distracciones. Si una ocupaba el pensamiento en tratar de ver el camino de Jericó a Jerusalén, en sentir el calor del Próximo Oriente, en contemplar aquellas dunas de arena, en escuchar el rebuzno de los asnos, difícilmente se extraviaría su imaginación hacia cuestiones más profanas. Al menos, en teoría.

El paso siguiente era «Juzgar», que es cuando entra en juego el intelecto. Era el momento en que, en teoría, tocaba reflexionar sobre los temas elegidos la noche anterior. Y, por último, se pasaba a «Actuar», lo que según Ignacio era el momento verdadero de la oración. Como consecuencia de nuestras deliberaciones debíamos proceder a un acto volitivo a fin de aplicar a la jornada presente las enseñanzas deducidas. Ese acto tenía que ser una resolución específica. No valía un propósito genérico, como la promesa de vivir más virtuosamente en adelante. Era menester que el compromiso fuese concreto: esforzarse más con las labores, por ejemplo, o abstenerse de pensamientos poco caritativos contra esa hermana que nos irrita más allá de lo soportable. En las enseñanzas de Ignacio, la oración es un acto volitivo. Nada que ver con pensamientos o sentimientos píos, que no son sino preparativos para cuando llega el momento de la decisión. La espiritualidad de Ignacio nunca es finalidad en sí misma, sino medio encaminado a la acción y la eficacia. Él deseaba que sus jesuitas fuesen eficaces en el mundo. La meditación diaria serviría para que sus actividades estuviesen de acuerdo con los designios de Dios.

A mí no me dio resultado, sin embargo. Cada mañana me decía «hoy lo conseguiré». Esta vez no habría distracciones. Me arrodillaría tan atenta a la presencia de Dios como las demás hermanas, que no daban signos de experimentar ninguna dificultad. Yo no había tenido nunca problemas de concentración, y siempre había sido capaz de sumergirme en mis estudios, por ejemplo, horas seguidas. Para mi consternación, descubría ahora que no conseguía centrar mis pensamientos en Dios ni durante un par de minutos siquiera. Y eso que la compleja preparación iba encaminada precisamente a evitar distracciones. Se daba por descontado que a las seis de la mañana tendríamos el cerebro todavía embotado y mayor dificultad en centrar los pensamientos. Pero tan pronto como me arrodillaba, los míos se salían por la tangente o empezaban a desgranar una serie de vagas preocupaciones, temores o fantasías, cuando no era el torpor del simple malestar físico. Como muchas adolescentes, creo, era dormi-

lona y acusaba como una agresión violenta el despertar a las cinco y media. A menudo me mareaba de apetito y de cansancio, y me apoyaba en el reclinatorio para no derrumbarme. A las seis y media tocaba la campana del claustro y se nos autorizaba a sentarnos. El dulce alivio daba paso a otra ordalía, que era la lucha contra el sueño. Mi única satisfacción era ver cómo las monjas daban cabezadas y se quedaban encogidas, lo cual denotaba que habían sucumbido. Los minutos se arrastraban interminables hasta que se presentaba el sacristán para encender las velas del altar, grata señal de que por fin empezaba la misa.

Durante el desayuno, una hora más tarde, se esperaba de nosotras que pasáramos revista a nuestra meditación con arreglo a un cuestionario de diez puntos. ¿Había cobrado plena conciencia de la Presencia de Dios? No. ¿Había dedicado un esfuerzo suficiente a la «composición de lugar»? No. ¿Había puesto en ello todas mis posibilidades? No. Y así sucesivamente. Nunca tuve necesidad de agotar el plazo de quince minutos concedido para esta autoevaluación. No se necesitaban muchas consideraciones para graduar mis devociones con arreglo a una escala del uno al diez. Un Cero pelotero, eso era yo.

Esta meditación no era más que el primer ejercicio espiritual de la jornada. Cantábamos cuatro veces cada día nuestra versión de los oficios divinos en el coro. Dos veces al día, durante sendos cuartos de hora, hacíamos examen de conciencia según los cinco puntos de las directrices de Ignacio. Entre éstas figuraba la de apuntar los fracasos y los éxitos en un librito, y llevar la cuenta de las veces que habías incumplido el propósito especial de la semana (en la terminología ignaciana, esto se llama «el examen particular»). A continuación, media hora de lectura espiritual en comunidad, consistente en que una de nosotras leía en voz alta mientras las demás se dedicaban a las inacabables labores de aguja. A primera hora de la tarde, treinta minutos en la capilla para la «adoración» silenciosa, y recitación privada del rosario. Aquí yo hacía trampa una vez más. Durante los siete años sobrellevé el vergonzante secreto: a diferencia de las demás hermanas, era incapaz de rezar. Y tal como nos explicaban, sin la oración, toda nuestra vida religiosa no sería más que una mera impostura. Así que durante varias horas al día, todos los días del año, sufría y me enfrentaba a mi abyecto fracaso. O dicho de otra manera: tenía una mente capaz e incluso bien dotada, pero parecía alérgica a Dios. Esa insuficiencia era como un corrosivo que devoraba mi vida en lo más íntimo y se propagaba a todo lo que hacía:

¿cómo podía ser monja, si a la hora de la verdad no prestaba atención a Dios, ni Dios, por lo visto, hacía el menor caso de mí?

¿Qué debería haber ocurrido en realidad? No lo sé. Por supuesto, no esperaba tener visiones ni escuchar voces. Eso, nos decían, estaba reservado a las grandes santas, y además podían ser engaños enviados por el Diablo para hacernos caer en el pecado de vanidad. Sin embargo, todos los libros que leía me aseguraban que el rezo conllevaba instantes de «consolación» que aliviarían los inevitables períodos de sequía. De vez en cuando, Dios enviaba esa merced reconfortante, haciéndole sentir al alma su cercanía y permitiéndole experimentar el valor de su presencia y su amor. Como si la citase, por decirlo de alguna manera, agitando la zanahoria de ese alivio periódico hasta que el alma superaba también esa necesidad y pasaba a la etapa siguiente de su camino espiritual. Poco a poco, el alma se elevaría al peldaño siguiente de la oración, accedería a otras moradas hechas de silencio, hasta alcanzar un estado misterioso tan inabarcable para el pensamiento como para el sentimiento.

Todo esto, según la teoría. Pero en vez de progresar hacia tan altas cimas, yo nunca conseguí salir del campamento base. Por supuesto, momentos hubo en que me sentí conmovida por la belleza de la música, o exaltada por la elocuencia de algún sermón. Pero, a mi entender, eso no contaba. Ésos eran goces meramente estéticos, que podría experimentar incluso un ateo en un concierto o al escuchar un hermoso sermón. Nunca tuve nada que pareciese un encuentro con lo sobrenatural o con un Ser existente fuera de mí misma. Nunca me sentí embargada por algo más grande, ni personalmente transfigurada por una presencia hallada en las profundidades de mi ser. Nunca experimenté al Otro. Y además, ¿cómo podía aspirar a tener tal encuentro, puesto que mi mente era incapaz de abrirse a Dios? La oración, nos repetían una y otra vez, no era sino una manera de aquietar el alma para permitir que aprehendiese lo divino. Era preciso reunir las facultades dispersas y presentarse entera, en ofrecimiento total a Dios, de modo que cada parte de la mente y del corazón pudieran decir sinceramente con el profeta Samuel «habla, que tu siervo escucha». Pero mis facultades, mi mente y mi corazón seguían dispersos. Hiciera lo que hiciese, no lograba recogerme y, de este modo, era imposible que Dios se abriese paso hasta mí.

Intenté debatirlo con mis superiores, naturalmente. En varias ocasiones expliqué mi desconocimiento de la «consolación», y que no conseguía centrarme en las meditaciones. Pero siempre se mostraron francamente incrédulas.

–¡Es usted tan exagerada, hermana! –exclamó irritada la madre Frances, nuestra directora de Escolástica–. ¡Siempre va a los extremos! Todo el mundo conoce la consolación en un momento u otro. ¿Me va a decir en serio que no la ha experimentado ni una sola vez en sus seis años de vida religiosa?

Asentí, y mostró una expresión de asombro.

–Pues, la verdad, no sé qué decirle –repuso, y era evidente su desorientación–. Es extraordinario. No comprendo que nadie sea capaz de seguir adelante sin un poco de consolación. Aunque estoy segura de que no es tan grave como usted dice –continuó con voz más animada–. Seguramente está pasando por un mal momento anímico, y nada más. Pero usted, como de costumbre, lo convierte en un drama.

No fue un alivio para mí. Sin duda, yo era un caso difícil, pensé profundamente humillada. En cuanto a mi queja de que no lograba centrarme en las oraciones, también la dejaron de lado con un ademán:

–¡Todas tenemos días en que estamos distraídas, hermana!

Nadie quería creer que me hubiera gustado tener días «distraídos», porque eso habría significado que tenía otros «concentrados».

De manera que, incluso en el convento, Dios brillaba por su ausencia en mi vida. Y me persuadí de que debía de ser mía la culpa. Mi caso parecía tan peculiar que no podía atribuirse a un fallo del sistema. Bastaba con que lo hubiese intentado con más perseverancia, con haberme concentrado un poco más o con que hubiera buscado asuntos más sugestivos para la meditación. Para una monja, la calidad de la vocación se reflejaba en la de sus oraciones. Y cómo podía aspirar yo a notar la presencia de Dios si quebrantaba una y otra vez la regla del silencio, tenía frecuentes pensamientos nada caritativos y, sobre todo, no dejaba de anhelar los afectos humanos, y lloraba cuando recibía una reprimenda. Era un círculo vicioso, claro está. Cuanto más vacías fueran mis oraciones, más me inclinaría a buscar el consuelo en las cosas mundanas y en las personas. Una vuelta al círculo, y otra. Además estaban mis dudas ocultas. Aunque procuraba pasar de puntillas sobre los artículos más difíciles de la fe, no conseguía dejar de preguntarme si sería verdad que la Virgen María fue concebida sin pecado original, y si realmente fue elevada a los cielos en cuerpo y alma después de su muerte. ¿Cómo era posible que supiese nadie que Jesús era Dios? ¿Existía Dios en realidad? ¿Por qué no lo había encontrado nunca en la oración? Mientras me arrodillaba en la capilla y contemplaba a mis hermanas

arrodilladas, silenciosas, con las cabezas inclinadas y los ojos bajos contemplándose las manos, a veces me preguntaba si aquello no sería como el cuento del traje nuevo del emperador. Nadie había tenido nunca la experiencia de Dios, pero nadie se atrevía a confesarlo. Y luego me castigaba con un imaginario coscorrón. ¿Cómo iba a ser posible que Dios se revelase a una monja que alimentaba tan escandalosas dudas?

Hasta que llegó una mañana, poco después de recibir la dispensa de mis votos, en que el despertador sonó a las seis y, en vez de levantarme para salir a la calle y asistir a la primera misa en St. Aloysius, me limité a desconectarlo y seguí durmiendo. Durante siete años, todos mis días habían comenzado con la oración y la Eucaristía, pero ahora eso no tenía ya ningún sentido. Seguiría yendo a misa los domingos, puesto que ése era un precepto que debían guardar todos los católicos. Salirme de la Iglesia después de haber hecho lo mismo con el convento me parecía, por entonces, un paso excesivo. Pero la mera idea de arrodillarme otra vez en silencio en la penumbra de un templo me generaba una fatiga inmensa. No podía más. Eso me dije, cansada, aquella mañana. El fracaso acumulado hizo que me sintiera no sólo exhausta, sino incluso algo enferma.

Lo había intentado, me dije mientras me daba la vuelta y me quedaba mirando la pared encalada de mi alegre habitación de la residencia. No había sido la mejor monja del mundo, pero lo había intentado sinceramente, con todas mis fuerzas, y mis superiores habían tratado de ayudarme. Pero todo fue inútil. Si Dios existía, desde luego no quiso comunicarse conmigo, y en aquellos momentos eso me parecía lo más justo. Yo era impermeable para la religión. Carecía del sentido de lo divino. «Déjalo correr –me dije en sueños–. No te fustigues más. Limitate a vivir tu vida de laica y olvida esas ambiciones de espiritualidad que no te corresponden. Estás en el mundo. Haz amigos en él. Vive al día.»

A no tardar, incluso esto se evidenció imposible.